

republicanos, MM. Carnot y Goudchaux en el primer escrutinio, y el general Cavaignac, Emilio Ollivier y Alfredo Darimón en el segundo. Tal fué el germen de una oposición destinada á crecer sin cesar hasta llegar á ser formidable en pocos años.

El 16 de julio, en el momento en que terminaban en París las elecciones de empate, se supo que Beranger acababa de morir. La emperatriz se abstuvo aquella noche de ir al teatro. El emperador decidió pagar de su bolsillo particular las exequias del *poeta nacional*, las cuales se celebraron en la iglesia de Santa Isabel.

La agitación electoral no tuvo consecuencias. «Hoy que la lucha ha terminado, decía el *Moniteur*, y que una mayoría de más de cinco millones de votos ha patentizado los sentimientos del país, se debe poner fin á unas discusiones que en adelante no podían tener más objeto que agitar inútilmente los ánimos.» La prensa se calló y todo volvió á su orden acostumbrado.

Argelia estaba pacificada como Francia. A consecuencia de una expedición hábilmente dirigida por el mariscal Ranción, la Kabilia se había sometido y los árabes obedecían tan dócilmente á Napoleón III como los franceses. Los imperialistas no cesaban de repetir que el Imperio era inquebrantable.

VIII

LA CUESTIÓN DE LOS PRINCIPADOS

En punto á política exterior, las ideas de concordia y de pacificación universales que parecían haber prevaecido en el Congreso de París, no presidían ya en las relaciones de las potencias. El tablero diplomático estaba completamente trastornado. Iba formándose un sistema de alianzas absolutamente inesperado. La nueva agrupación de las potencias era el antípoda de lo que había sido durante la guerra de Crimea. Con gran sorpresa de los diplomáticos de profesión, Europa se encontraba de pronto dividida en dos campos: por una parte Inglaterra, Austria y Turquía; por otra Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña. La cuestión de los Principados danubianos era la causa de cambio tan brusco.

Luis Thouvenel, en una obra curiosa y substancial, cuyos elementos sacó de los papeles inéditos de su ilustre padre, ha trazado con rara precisión todas las fases y todos los detalles del debate. Esta obra lleva por título: *Tres años de la cuestión de Oriente, 1856-1859*. El autor ha comprendido muy bien la importancia de este asunto de los Principados en virtud del cual Napoleón III dejó adivinar todo el programa de su política exterior, y que fué, por decirlo así, el prólogo de la guerra de Italia. Luis Thouvenel lo ha dicho con mucha razón: «Jamás se ha sabido á punto fijo hasta qué punto ha servido la cuestión de los Principados danubianos para originar y mantener la tirantez entre los dos gabinetes de París y Viena. Para nosotros la lucha de 1859 empezó ya en 1857. En política, como en amor, no hay peores enemigos que los amigos decaídos de la víspera.»

Durante el Congreso de París, los plenipotenciarios franceses habían propuesto la reunión de los dos principados de Moldavia y de Valaquia en uno solo bajo la autoridad de un príncipe extranjero y la soberanía de la Puerta. Como esta combinación suscitara las más vivas objeciones por parte de Turquía y de Austria, no se quiso comprometer la obra impacientemente esperada de la paz general, se aplazó la solución de una cuestión que daba lugar á tan graves controversias y se decidió que una comisión europea pasara á los Principados para recoger los votos de las poblaciones.

Napoleón III veía en semejante combinación el modo de poner en vigor sus dos ideas favoritas: el principio de las nacionalidades y el derecho de los pueblos á disponer de su suerte. Sosteniendo esta tesis, iba ensayándose por

decirlo así, é introducía en los Balkanes el programa que debía ser el de su política en Italia. El Austria adivinó este plan é hizo á la unión de los Principados una oposición más encarnizada que la misma Turquía, la cual veía en el sistema preconizado por Napoleón III un grave ataque á la integridad del imperio otomano y la señal de la emancipación de los cristianos.

El gran visir Alí-Bajá decía á M. Thouvenel en 1856: «Las antiguas capitulaciones conceden á los válacos y á los moldavos príncipes escogidos entre sus boyardos. No nos hemos comprometido *ab antiquo* más que á aceptar esta condición. Los válacos y los moldavos no pueden modificarla sin nuestro asentimiento, y desde el momento en que quieran tener un príncipe extranjero se tornan facciosos. En cuanto á Europa, tan poco derecho le asiste para obligarnos á ello como le asistiría para obligar á Austria á admitir en Pesh un virrey designado por ella, aun dejándole la soberanía de Hungría.» Hay que convenir que la tesis del gran visir estaba conforme con las estipulaciones internacionales y con la doctrina inglesa que á la sazón defendía, como un dogma, la integridad del imperio otomano. Para combatir ventajosamente la teoría de Turquía, de Austria y de Inglaterra, era menester invocar victoriosamente los derechos que tienen los pueblos para decidir de su suerte. Esto era, en diplomacia, una verdadera revolución.

Cuando Napoleón III proclamó este principio, casi todos los diplomáticos franceses, incluso su embajador en Constantinopla M. Thouvenel, le censuraron. Éste dirigía entonces á su amigo M. Benedetti, director de los asuntos políticos en el ministerio de Negocios extranjeros, cartas particulares llenas de amargas críticas sobre la política exterior de su gobierno. El 10 de noviembre de 1856 le decía: «¿Estáis bien seguro de que esos falaces diarios no nos han engañado anunciando que el 8 de septiembre de 1855 Sebastopol se rindió ante los esfuerzos combinados de Francia é Inglaterra?... ¡Oh! Los grandes señores de Moscou hacen mal en burlarse de las lágrimas del sensibilísimo Morny; antes al contrario, deberían recogerlas como perlas. Lo cierto es que he venido á parar en estar aliado con M. de Butenieff (el ministro de Rusia en Constantinopla) y que por añadidura estoy enemistado á medias con él, lo cual ofrece promesas risueñas para el porvenir. En el fondo, malditas las ganas de reír que tengo. Todo esto es tan grave en realidad como lastimoso en apariencia.»

M. Thouvenel veía las cosas muy negras y no auguraba nada bueno de la campaña que á pesar suyo llevaba á cabo en Constantinopla contra los antiguos aliados de Francia. Por esto escribía á M. Benedetti: «Tengo un olfato que jamás me ha engañado y he escrito á Atenas oficialmente en 1850 que la cuestión de los Santos Lugares ocasionaría la guerra. La de los Principados danubianos acabará como la de Egipto en 1840, lo que, á Dios gracias, es ya bastante.»

Thouvenel, que dos años después debía ser el más ardiente partidario de la

causa nacional italiana, no se mostraba en 1857 favorable á la nacional rumana, y no parecía participar de las ideas humanitarias y avanzadas de su soberano. «El resultado es de los más dudosos para nosotros, decía, y á nuestro parecer, nos damos sobrado trabajo para hacer figurar el agradecimiento de los rumanos á la par que el de los helenos en el museo de nuestras decepciones políticas. Me desespera el modo como se conducen nuestros asuntos exteriores, y en nuestra historia seguirá un capítulo severo al relato de la última guerra.» (Carta al duque de Gramont, 26 de mayo de 1857.)

M. Thouvenel echó por fin de ver que la cuestión rumana era, en la mente del emperador, el preludio de la italiana, y entonces comprendió lo que en un principio le había parecido inexplicable. «Me intereso por nosotros un poco más que por los rumanos, escribía á M. Benedetti, y me parece que significando de antemano á esos señores lo que pueden esperar de nosotros, será echar el cuerpo fuera de un juego confuso y peligroso. Por supuesto, que me expreso así en la hipótesis de que en nuestra política no hay otro pensamiento oculto, y que *no nos guía el propósito de arreglar en el Po* las cuestiones suscitadas en el Danubio. Si hay algo escondido, ya no digo nada.»

En efecto, había algo escondido, y M. Benedetti no se abstuvo de decir al embajador que la política adoptada por el ministerio de Negocios extranjeros en la cuestión de los Principados danubianos era la política personal del emperador. M. Thouvenel contestó: «Os agradezco que me hayáis revelado el *secreto* de vuestra tenacidad con motivo de la unión de los Principados. Sólo me resta dejar correr las cosas.»

Pero las cosas se habían complicado singularmente en Constantinopla, y la lucha entre la Puerta, Austria é Inglaterra por una parte, y Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña por otra, había adquirido un carácter muy agudo, y sobre todo encarnizado contra los dos embajadores de las naciones que se decían unidas por una *inteligencia cordial*. El 18 de junio de 1857, queriendo lord Strafford celebrar un aniversario doloroso para los franceses, daba en Pera un gran banquete al que invitaba al encargado de negocios de Prusia. Aún no se había borrado el recuerdo de Waterloo.

Cuanto más se afirmaban las aspiraciones nacionales de los rumanos, más se obstinaba el embajador de Inglaterra en aniquilarlas *per fas y nefas* de acuerdo con Turquía y Austria. En vano era que la comisión europea, en la que Francia estaba representada por el barón de Talleyrand-Perigord, hiciese constar los verdaderos deseos de los dos Principados. Conforme escribía este último, era evidente que así en Moldavia como en Valaquia la unión estaba en el fondo de todos los corazones honrados. El comisario francés fué acogido en Jassy con entusiasmo: los gritos de «¡viva Francia!, ¡viva el emperador!» eran unánimes. Pero la diplomacia inglesa, austriaca y otomana tenía por nulo el principio de las nacionalidades.

El príncipe Vogorides, á quien el sultán había nombrado caimacán en Jassy,

compuso las listas electorales para el diván moldavo con una parcialidad tan evidente y apelando á manejos tan fraudulentos, que la mayoría de los electores se negó á votar. «Vogorides ha arrojado la máscara, escribía M. Thouvenel. Procede á garrotazos, con tanto fraude y tanta violencia que daría envidia á los más expertos en la materia. Me he puesto en oposición con la odiosa mistificación que nos prepara.» Los comisarios de Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña en los Principados protestaron solemnemente contra semejantes elecciones. Austria, la Puerta é Inglaterra quisieron hacerlas admitir como válidas, porque su validez habría sido el triunfo de los anti-unionistas.

El escándalo que se producía indignó á Napoleón III, quien dijo en mayo de 1857 á Mehemet-Djemil-Bey, embajador de Turquía en París: «No podemos ofendernos porque todos no sean de nuestro parecer; pero tenemos el derecho de pedir que se porten lealmente con nosotros, y no se procede así en los Principados. Sentiría que nos enemistásemos por esta cuestión.»

El emperador, que afirmaba por primera vez su dogma favorito, el principio de las nacionalidades, tenía empeño en que su primer ensayo acerca de este punto fuera un golpe maestro. Formó la inquebrantable resolución de conseguir á todo coste la anulación de las elecciones moldavas, y no fiándose ya en sus diplomáticos, se decidió bruscamente á pasar á Osborne para defender él mismo ante la reina la causa de la nacionalidad rumana. El 5 de agosto, antes de embarcarse para Osborne, prescribió por telégrafo á su embajador cerca del sultán que pidiera la casación pura y simple de las elecciones moldavas, y si no se conseguía inmediatamente esta satisfacción, que rompiera solemnemente las relaciones diplomáticas entre Francia y Turquía. Y esto fué lo que sucedió.

El 6 de agosto al mediodía el *Ajaccio* fondea delante del palacio de la embajada de Francia. M. Thouvenel está en la terraza del palacio con todo el personal de su misión. Al resonar el vigésimo primero de esos cañonazos «que, dice, habrían debido despertar remordimientos en el alma de lord Strafford,» saluda por última vez los colores nacionales «con la emoción patriótica, pero con la tranquilidad de conciencia que consuela al comandante de la tripulación de un barco obligado á arriar su pabellón.» Allí están algunos amigos de Francia, Mme. Condurotis, esposa del ministro de Grecia, el príncipe Lobanoff, el príncipe Stourdza, el marqués de Souza, ministro de España, y M. Testa, ministro de Suecia. En el momento solemne en que se arriaba la bandera tricolor, los marineros del *Ajaccio*, de pie sobre cubierta y en las vergas del buque, lanzan el grito de ¡viva el emperador!

Algunos minutos después de la salva, el embajador pasa á bordo del *Ajaccio*, y en tres cuartos de hora llega á Dolma-Baghtche, residencia de Abd-ul-Medjid. «Señor, le dice, hace una hora que no hay ya embajador de Francia en Constantinopla; pero, simple particular, á quien V. M. ha honrado con sus bondades, vengo á despedirme de V. M.»

Ab-dul-Medjid le contestó: «¡Cuánto deploro que un suceso como este, la

ruptura con una potencia que ha hecho tanto por mi imperio y por mí, ocurra reinando yo!»

«No quiero prolongar una escena, replicó M. Thouvenel, que lastima el corazón de V. M. así como el mío. Me retiro, pues; pero, en este momento doloroso, lo que me anima es la conciencia de haber cumplido hasta lo último mis deberes para con el emperador y para con V. M.»

El embajador saluda. El sultán le sigue hasta lo alto de la escalera, y le mira mientras está al alcance de su vista en la actitud de una «estatua de la desesperación.»

M. Thouvenel escribe á Napoleón III: «Pido al emperador permiso para expresarle el dolor que he sentido al arriar su bandera ante la ingratitud y deslealtad de nuestros adversarios, á dos pasos de los cementerios en que descansan treinta mil de nuestros bravos soldados.»

Tal era la situación cuando Napoleón III llegó á Osborne.

LA ENTREVISTA DE OSBORNE

Miércoles 5 de agosto de 1857. — El emperador y la emperatriz parten de Saint-Cloud para ir á Osborne, en la isla de Wight, á visitar á la reina de Inglaterra. Llegan á Ruán á las tres de la tarde, siendo saludados por las salvas de artillería y estando formadas la guardia nacional y las tropas. A las cinco, SS. MM. hacen su entrada en el Havre, donde hay levantado un gigantesco arco de triunfo: las casas están engalanadas con banderas y guirnaldas de hojas y flores. Unas jóvenes vestidas de blanco ofrecen un ramo á la emperatriz; todos los ayuntamientos del distrito han acudido, presididos por los alcaldes y los párrocos. SS. MM. recorren la ciudad en una carretela descubierta, precedida por jóvenes del Havre á caballo y escoltada por un destacamento de cien guardias. A la llegada de la comitiva imperial á la plaza de la Bolsa, donde están amarrados los buques americanos, los marinos, subidos en las vergas, prorrumpen en hurras. Los emperadores pasan en seguida á bordo del yate imperial *Reina Hortensia*, donde comen. A las nueve de la noche, el yate, escoltado por los avisos *Ariadna*, *Pellicano* y *Córcega*, sale del puerto á los ecos de las salvas de artillería y de los vivas. La ciudad está enteramente iluminada y se disparan fuegos artificiales.

Jueves 6 de agosto. — SS. MM. llegan á Osborne á las nueve de la mañana, haciendo un tiempo magnífico. Los príncipes Alberto y Alfredo salen á buscarlos á bordo de una embarcación de la reina Victoria.

La reina hace á sus huéspedes los honores de su isla, la *isla joya* de Inglaterra, en donde aquélla es objeto de una veneración universal. Siempre que va á ella ondea la bandera nacional en la torre principal de cada castillo, en la torre-cilla, en la techumbre y hasta en el palomar de cada granja. Osborne-House es su residencia marítima predilecta. El parque y los jardines son hermosísimos. Las calles de grandes árboles bajan en suave pendiente hasta la orilla del mar. Portsmouth y Spithead se divisan á lo lejos. El castillo, de construcción moderna, con sus dos torres de altura desigual — la de las señales, que tiene ciento siete pies de altura, y la del Reloj, que tiene noventa, — con sus dos magníficas terrazas adornadas de surtidores que caen en tazas de mármol y bronce; con sus planteles de flores raras que se agrupan en los balaustres, presenta el aspecto más agradable. Está poblado de estatuas, unas copia de esculturas antiguas, otras obra de artistas contemporáneos. El escultor italiano Marochetti ha labra-

do para Osborne muchos mármoles, entre otros los bustos de la reina Victoria, del príncipe Alberto, del de Gales, de la princesa real y del rey Víctor Manuel. Las habitaciones de recepción están en la planta baja y dan á las terrazas.

El emperador, después de almorzar, da un paseo á pie con el príncipe Alberto y ambos sostienen una conversación política.

Viernes 7 de agosto. — El emperador y la emperatriz se embarcan con la reina, el príncipe Alberto, los príncipes y las princesas en el yate real *Victoria and Albert* y dan por mar un paseo de dos horas. Por la noche se celebra un banquete en el castillo.

Sábado 8 de agosto. — El duque de Cambridge, lord Pálmerston y lord Clárendon llegan á Osborne. El emperador manda llamar á su ministro de Negocios extranjeros el conde Walewski y á su embajador el conde de Persigny. Se verifica un baile en una tienda de campaña.

Domingo 9 de agosto. — La reina está encantada del emperador y de la emperatriz. Escribirá al rey Leopoldo que son los huéspedes más amables, más agradables, los menos molestos que darse pueda. *Nothing could be more amable, kind, pleasant or ungenant than both Majesties were. They are most agreeable guests.* Presenta á su esposo como admirador decidido de la emperatriz Eugenia. «Alberto, dice, que rara vez se prenda de las damas y de las princesas, la quiere mucho; es su gran aliado.» *Albert, who is seldom much pleased with ladies or princesses, is very fond of her, and her great ally.* La reina añade que da gusto ver la adhesión de M. de Persigny al emperador, su arrojo y su rectitud en todo.

Por una y otra parte se demostraron sentimientos muy amistosos. El emperador no insistió en la adopción inmediata de su proyecto favorito: la unión de los Principados danubianos bajo el mando de un príncipe extranjero. El general Fleury, que asistía á la entrevista de Osborne, lo ha dicho con razón: «Era dar prueba de conciliación sin comprometer demasiado el porvenir, toda vez que algunos años después esta combinación debía realizarse bajo la autoridad del príncipe Carlos de Hohenzollern, hoy rey de Rumanía.» Quedó, pues, aplazada la cuestión fundamental, la de la unión de los Principados, por entender que era del dominio exclusivo de la Conferencia europea. Mas, puesto que la voluntad de los habitantes era uno de los elementos de la cuestión, á Napoleón III le parecía justo que esta voluntad pudiera darse á conocer libremente y que no se falseara su expresión con un simulacro de elecciones. Consiguió que el gobierno inglés se comprometiera á apoyar ante la Puerta otomana la petición hecha por Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña en vista de la anulación de las elecciones en Moldavia. Este era por el momento el punto esencial. Como se desaprobaba la conducta de lord Strafford de Redcliffe, Napoleón III se dió por satisfecho.

Lunes 10 de agosto. — El emperador y la emperatriz se embarcaron en Osborne para regresar al Havre. La despedida de la reina Victoria y de sus huéspedes fué de las más cordiales.

A los dos días la reina escribía al rey Leopoldo: «La visita que acabamos de

recibir ha sido por todos conceptos satisfactoria y agradable. Políticamente, ha sido un beneficio del cielo, como dice lord Clárendon, porque se han allanado y arreglado de un modo satisfactorio las desdichadas dificultades de los Principados. La entrevista ha sido tranquila y grata. El buen Osborne no ha cambiado nada de su sencillez, de su carácter familiar y sin pretensión. *Good Osborne in no way changed its unpretending privacy and simplicity.* El emperador ha hablado francamente con Alberto, y Alberto ha hecho lo mismo con él, lo cual es una ventaja, y el último día Pálmerston me ha dicho: «El príncipe puede decir muchas cosas que nosotros debemos callar.» Esto es muy natural.

»El emperador, á quien he entregado el mensaje de que me habíais encargado, me ha dado muchos recuerdos para vos y ha añadido: «El rey no tan sólo es muy amable, sino que tiene muy buen sentido.»

Lord Clárendon escribió á la reina: «No se apreciará lo bastante la importancia de esta visita, porque el emperador es la Francia, y lo que es más, la Francia bajo su mejor forma, porque le está permitido ceder á sentimientos generosos y apreciar la verdad. Su alianza con Inglaterra ha sido confirmada y reforzada en Osborne.»

He aquí ahora la carta que el emperador dirigió desde las Tullerías á la reina Victoria el 15 de agosto de 1857:

«Señora y querida hermana: Hemos partido de Osborne tan agradecidos á la amable acogida de Vuestra Majestad y del príncipe Alberto, estamos tan llenos de admiración por el espectáculo de todas las virtudes que ofrece la familia real de Inglaterra, que me es difícil encontrar palabras para definir todos los sentimientos de adhesión y cariño que experimentamos por V. M.

»Es tan grato para nosotros pensar que, aparte de los intereses de la política, V. M. y su familia sienten algún afecto hacia nosotros, que pongo en primer término de mis preocupaciones el deseo de merecer siempre esa augusta amistad. Creo que cuando uno ha pasado algunos días en vuestra intimidad se vuelve mejor, así como cuando se ha tenido ocasión de apreciar los variados conocimientos y el elevado modo de pensar del príncipe, se separa uno de él más instruido y más apto para obrar bien. Ruégoos, señora, que os dignéis decir al que tan noblemente comparte vuestro destino que le tengo el mayor aprecio y la más sincera amistad, lo que equivale á decir cuánto apetezco la suya.

»Por lo que respecta á los hijos de V. M., todos están dotados de tan buenas y apreciables cualidades que se les quiere desde que se los ve, y que es muy natural desearles toda la ventura de que son dignos.

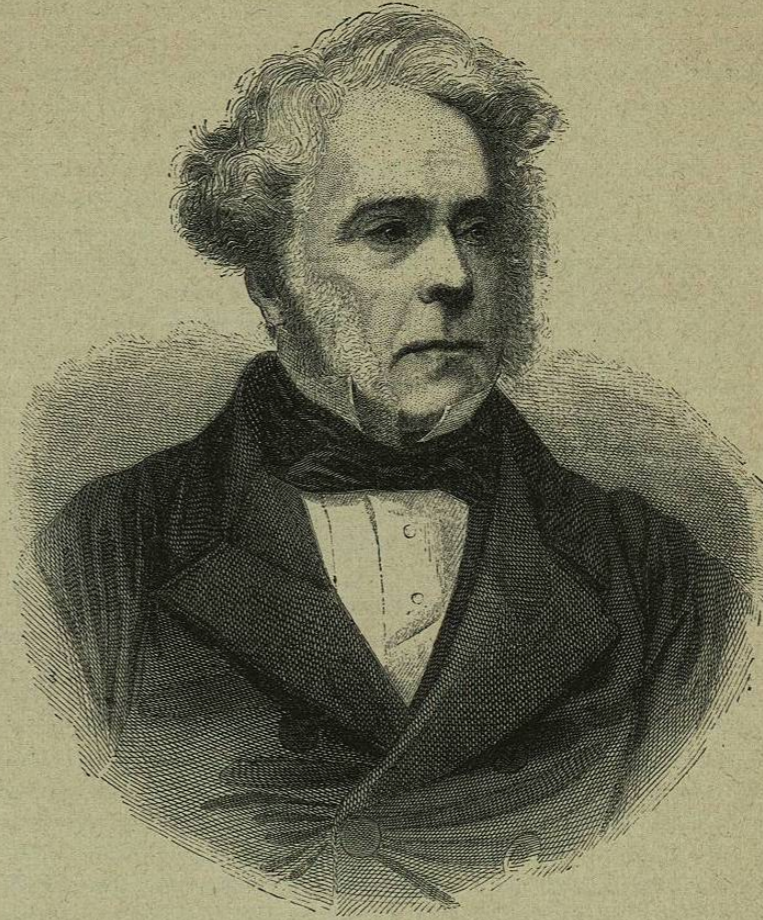
»Adiós, señora. Quiera Dios que no transcurran dos años sin que hayamos tenido la dicha de encontrarnos de nuevo á vuestro lado, porque la esperanza de volveros á ver pronto es el único consuelo de una separación penosa.

»Ruego á V. M. que reciba con bondad la expresión de los sentimientos de alto aprecio y completa adhesión con que soy de V. M. buen hermano y amigo.

»NAPOLEÓN.»

La reina, muy satisfecha de esta carta tan afectuosa, quedó particularmente agradecida al elogio que el emperador hacía del príncipe Alberto.

«No puedo rechazar, decía en su respuesta, la opinión favorable que V. M. ha



Lord Pálmerston

ormado de mi querido esposo, porque sé que la merece, pues no tiene más ambición que hacer el bien y ser útil siempre que puede. En una posición tan aislada como la nuestra, no podemos encontrar mayor consuelo ni apoyo más seguro que la simpatía y el consejo del ó de la que está llamada á participar de nuestra suerte en la vida, y la querida emperatriz, con sus generosos instintos, es vuestro ángel custodio, como el príncipe es mi verdadero amigo.»

En las esferas políticas francesas, la transacción acerca de los Principados danubianos produjo buen efecto. M. Benedetti, director de política en el ministerio de Negocios extranjeros, escribía el 14 de agosto á M. Thouvenel, embajador de Francia en Constantinopla: «Ya sabéis lo que se hace en Osborne. En mi concepto, es un éxito completo. Hemos sido dignos y firmes; no hemos suprimido una sílaba de nuestras pretensiones, que hemos sido los primeros en formular, é Inglaterra se ha encargado de hacerlas prevalecer en Constantinopla, arrastrando tras sí á esos buenos austriacos, que saldrán de la lucha extrañamente menoscabados en la consideración pública. Ahí tenéis á lord Strafford obligado á hacer que la Puerta acepte lo mismo que él la había obligado á rechazar. Es un incidente sin precedente en la vida de vuestro colega: más aún, es la desaprobación más formal de toda su conducta. Os envidio el espectáculo que vuestros dos colegas de Inglaterra y de Austria deben resignarse á daros en presencia de ese público de Constantinopla, que no creará lo que ve.»

El sultán decretó la anulación de las elecciones moldavas, y los representantes de las cuatro potencias (Francia, Rusia, Prusia y Cerdeña) que habían interrumpido sus relaciones diplomáticas con la Puerta, las reanudaron. M. Thouvenel escribía: «Ha habido tragicomedia de primera clase. De todos modos, somos vencedores y tenemos *todo* lo que pedíamos.»

Ya no había nubes entre Francia é Inglaterra. Parecía que habían vuelto los mejores días de inteligencia cordial. Poco después del regreso del emperador á Francia, la reina Victoria hizo una excursión á las islas de la Mancha con su esposo y seis de sus hijos. Al volver de Jersey, arribó á Cherburgo el 19 de agosto sin haber avisado á las autoridades de la ciudad. Aquella aparición imprevista de la soberana inglesa en el suelo francés era una nueva prueba del acuerdo que existía entre los dos países. La reina fué recibida en Cherburgo con la más respetuosa solicitud: allí encontró al general Herbillón, el vencedor de Traktir, que le dió las gracias por haberle conferido la orden del Baño. «La llevo con gran orgullo,» dijo. La reina estaba satisfecha de ver en el pecho de los soldados y de los marinos franceses la medalla de Crimea que lleva grabada su efigie. Al otro día visitó detenidamente los arsenales, el puerto, las gigantescas obras en vías de ejecución, y dió un paseo en carruaje por los alrededores de la población; luego se embarcó, muy contenta de todo lo que había visto. El 21 de agosto escribía al emperador: «Hemos hecho una visita interesante y agradable á Cherburgo. Las obras son magníficas y de colosal grandeza; la rada es admirable. Las autoridades se han mostrado sumamente atentas con nosotros (porque deseábamos que todo se hiciese con el carácter más privado posible) y las poblaciones nos han atestiguado el mayor afecto. Hemos hecho una corta excursión improvisada por el interior en charabán con caballos, lo cual nos ha distraído mucho. El país es soberbio. En estos tiempos de una civilización que tiende á hacer pasar todas las cosas por un nivel común, es agradable encontrar una población sencilla, primitiva, aún verdaderamente rústica, y regiones

que todavía no están resabiadas por el contacto con los ferrocarriles. La Normandía es muy bonita y para nosotros está llena de interesantes recuerdos porque ha sido la cuna de Inglaterra.»

Esta pacífica invasión de la Normandía — *peaceful invasion of Normandy* — era una señal de los tiempos y probaba cuánto habían perdido de su violencia las antiguas envidias. Las relaciones personales de Napoleón III y de la reina Victoria eran excelentes. Sin embargo, el emperador, á pesar de la cordial acogida que había tenido en Osborne, hubo de reconocer que sus proyectos sobre Italia y su deseo de modificar el mapa de Europa jamás obtendrían el asentimiento del gobierno británico, y el príncipe Alberto no había ocultado cuánto valor daba Inglaterra á conservar los tratados de 1815. Napoleón III iba á volver las miradas á Rusia, esperando aprovecharse de los rencores de esta potencia contra Austria. Pero se guardó mucho de dar á conocer prematuramente sus proyectos, y hacía esfuerzos para dar á creer que existía un acuerdo íntimo entre él y los ingleses. Hubiérase dicho que no tenía otro propósito que mantener perpetuamente la paz en Europa.